

Ángela Pradelli estaba en primer grado cuando se enteró de que había una feria del libro en su escuela. No entendía bien de qué se trataba, pero quiso ir. Su madre supo escucharla y la llevó hasta la primaria, donde la dejó por unas horas con unos pesos para que se comprara un libro. Después de dar vueltas por los puestos y hablar fascinada con los vendedores, eligió una novela llamada *Mi hermano y yo*. De más está decir que empezó a leerla ese mismo día y que la releyó muchas veces. Como en una historia de Chéjov, a quien admira tanto, el libro se perdió al tiempo, y aunque ella preguntó por la novela en distintas librerías a lo largo de los años, no la pudo encontrar.

Esta anécdota de Angie es una especie de prisma biográfico o recuerdo del futuro, por usar el título de una película de cuando éramos chicas. Ahí están presentes sus años de docencia, la lectora curiosa y abierta, el diálogo, incluso la importancia de la memoria reflejada en el hecho de que se puede perder un libro y seguir relacionada durante años con él, como con las personas. Ahí está la autora potencial de tantos libros, programas de lectura y proyectos colectivos, entre los que sobresale *Por qué llora esa mujer*. Creo que este recuerdo también habla de algo que se olvida últimamente y por desgracia: las personas que se dedican a las palabras asumen riesgos. Pueden ser decididas y tener tanta fuerza de carácter como esa nena ese día. Tiempo después, Angie escribió: «No me da miedo buscar algo/que no sé bien qué es ni dónde está».

Siempre la habían asombrado los recuerdos que se contaban en su familia. De adolescente escribía unos poemas que se alegra mucho de haber perdido cuando se mudó. En algún momento decidió tomar nota de las historias que escuchaba y, por suerte, siguió escribiendo poesía. Pero quiero detenerme especialmente en la idea, central en sus libros, de que no se puede escribir sin la voz de los otros. Alguna vez le pidieron que definiera su estilo y contestó: «Solo sé que me importa muchísimo escuchar a los narradores espontáneos».

La novela *Turdera* es la práctica de esa idea, una demostración de que, así como leer y escuchar preceden a la escritura, todos necesitamos contar un relato. Antes de escribirla, Angie se había anotado en el Censo Nacional. «Poca gente contesta la pregunta que le hacés. Todo el mundo cuenta una historia», dijo. Y hoy, después de leer sus libros, o por haberlos leído, eso parece una verdad evidente. En *Amigas mías* y *Combi* también pueden oírse las voces de distintos personajes con la claridad misteriosa de la ficción. No es casual que *Turdera*, *Amigas mías* y *Combi* sean novelas atomizadas. En estos libros, la respiración de los relatos breves refuerza la historia mayor, hecha de varios protagonistas, como si Angie nos dijera que todos podemos convertirnos en autores de lo que nos pasa cuando estamos en condiciones de contarlo. Ya en el terreno de la crónica personal, *El sol detrás del limonero* revive la experiencia de una generación de su familia a través de cartas traducidas, memorias y poesía. Lo cotidiano se cruza en sus libros con los acontecimientos de la historia —los sucesos tremendos de diciembre de 2001, la apropiación de niños nacidos en cautiverio durante la dictadura en su novela *La respiración violenta del mundo*, la guerra de Malvinas, la emigración europea a América y la Segunda Guerra—.

Si pasar de la experiencia al relato siempre es una maniobra complicada al escribir ficción y textos biográficos, el desafío se intensifica en el trabajo testimonial y es justamente en ese campo donde la posición de Angie y su estilo preciso y comprensivo se destacan con más claridad. «Cuando una escribe un testimonio hay que construir una voz»-la oí decir una vez-. «Hay que tratar de acercarse a la persona que dio el testimonio y achicar los márgenes entre lo que una dice y quiere decir, entre lo que una dice y el otro escucha, entre lo que se escucha y se escribe.» *En mi nombre y Dos soldados* forman una suerte de díptico donde se produce la construcción de esa voz. Cuando Héctor Roldán, excombatiente de Malvinas, vio el libro impreso con su testimonio dijo: «Acá queda plasmada mi historia, que no se borrará. La leerán algunos desconocidos, mis hijos, mis nietos. Pero no fue en vano mi vida, por esto».

A los escritores les gusta recordarse escribiendo casi cuando empezaron a caminar, como si hubieran nacido con el genio de la novela en el ADN. Angie Pradelli habla más bien de su vocación literaria, en un sentido abarcador, como hizo Borges en su autobiografía. Para ella, escribir y leer son parte de un continuo, ni siquiera son las dos caras de una misma moneda porque a las caras las separa un filo. Encuentro tantos ejemplos de esa forma de pensar y vivir la literatura en su vida, que por cuestiones de brevedad me quedo solamente con dos. El primero es su trabajo como coordinadora del Plan Nacional de Lectura en la Provincia de Buenos Aires, inseparable de su experiencia dando clases en secundarias del Conurbano durante 30 años. Y, por otro lado, sus crónicas y ensayos personales *Libro de lectura*, *La búsqueda del lenguaje* y *El sentido de la lectura*, que funcionan como una galería de historias reveladoras sobre la transmisión de la lengua y nuestro sistema educativo.

Para terminar, quiero sumar otra «anécdota del futuro» de Ángela al de ese día de la feria en la escuela. En un momento, ella y una amiga ya habían leído tanto que la biblioteca del secundario, el barrio y la municipalidad no les alcanzaban, y fundaron una biblioteca en su casa. La única condición para asociarse era donar dos libros. Las amigas recibían contentas los ejemplares que los vecinos les daban generosamente o se sacaban de encima; los forraban, clasificaban y guardaban con sus fichas correspondientes. En esta imagen tan argentina y llena de inventiva, no puedo dejar de ver la prefiguración del modo en que se unieron la escritora y la docente. La pasión por escribir y leer, sumada a la inclinación por dar.

Querida Angie: en todos estos años, leí cada uno de tus libros con una emoción y admiración enormes. Me enseñaste a mirar con ojos nuevos la relación entre las experiencias de lectura y la vida, además de que todo el lenguaje «cabe en una oración simple, más allá del prestigio literario del texto», como siempre decís. Tus ficciones, tus libros de poesía, tus crónicas y tus ensayos amplían perspectivas. Cuando pienso en vos, te veo recorriendo escuelas, leyendo una misma noticia en distintos diarios con los alumnos y haciendo entrevistas. O te oigo, más bien, con esa voz templada y llena de comprensión que deja hablar a las personas en tus libros. Te escuchamos, ahora. Qué alegría tan grande es darte la bienvenida.

EC, marzo 2026

